

le obsesionaba su recuerdo, sensación desconocida para él, exquisita, casi dolorosa.

Pero Lucrecia, sintiendo que César se exasperaba en sus brazos, se divertía en retenerlo.

Le placía por sus furiosos silenciosos, centelleantes en sus ojos, pero velados siempre por una sonrisa. Adivinaba la sed de sangre bajo su boca contraída.

Rival nos endilga por los vericuetos de la vida de César Borgia, vida de placer y ambiciones, llena de actividades, pero de una ausencia casi absoluta de espiritualidad. César Borgia aparece dominado por sueños de poderío material, lo cual le hizo acometer descabelladas empresas guerreras. Penetra Rival en la subconsciencia de Borgia, y lo ve empinado en sus ambiciones contemplando el campo de sus conquistas, y nos lo presenta en frases rumorosas bajo la visión de una alegoría:

Se exaltaba describiendo su sueño. Italia se extendía a sus pies, verde o tostada, adornaba de nieve en las cimas, penetrada toda de luz. Los dos mares azuleaban amorosamente henchidos en derredor de las islas. Sentía batir contra su frente el aire cortante de las alturas. Se estremecía y entornaba los ojos ante aquella inmensa diosa desceñida, que le atraía y le intimidaba soberana y entregada a la vez. Palidecía de deseos y de miedo.

No hay rincón por sombrío y tortuoso que sea la vida de César Borgia adonde no haya penetrado la

lente escrutadora de Rival, revelándonos, sin atenuantes, todos sus crímenes. robos, violaciones, ya en la alegre Romaña o en los claustros tétricos del Vaticano; y finalmente, su última aventura esperanzada en los yermos de Castilla y en las montañas hirsutas de Navarra.

La leyenda satánica tejida alrededor de los Borgias no aparece velada ni con atenuantes que la humanice a través de la evocación de Rival, quien escuetamente y con absoluta imparcialidad nos presenta los claro-oscuros de esta familia que vivió ávida de sangre y de placer con la complacencia de un clero simoníaco y servil, donde la palabra encendida de cristianismo de Savonarola fué *vox clamantis in deserto*. Todo lo cual hace de esta época la página negra del catolicismo.

Quien desee tener una visión precisa y animada de este interesante período histórico y de las vidas impías de los Borgias, especialmente de la de César, lea este libro de Paul Rival, que junto con darle la información verídica, le retendrá por el goce estético que proporciona una prosa recamada de imágenes, sin rellenos retóricos.—*Milton Rosset*.

ISABEL II, por *Pedro de Répide*.

Ha sido necesario un cambio de régimen político en España para que apareciera un libro como el dedicado a la reina española del pasado siglo por la pluma del ágil y fino cronista de la «villa del oso

y del madroño», Pedro de Répide, que acaba de ser lanzado a la publicidad.

Sobre la fisonomía propia y personalísima de la abuela de Alfonso XIII, no podía escribirse bajo la monarquía. Era imposible tratar tan escabroso tema mientras el nieto tuviera el cetro del poder, en la cabeza coronada.

Acaso la única palabra que puede aplicarse al reinado, a la historia, a la vida de Isabel II, «escabroso». Todo allí lo es. La vida de la reina y la vida de la nación que durante muchos años hasta la revolución del 68, corre a una disolución alegre y entretenida, pero disolución al fin.

La reina que según su propio decir, era una de aquellas españolas «de navaja en la liga» nació el 10 de Octubre de 1830 y reinó hasta 1868. Después de su salida del reino vivió en París hasta su muerte ocurrida el 9 de Abril de 1904. Alcanzó a entrar en este siglo, pero su época, su mentalidad, su gloria eran el apogeo del siglo XIX.

Pedro de Répide ha contado en un estilo castizo, rápido y elegante la crónica alegre y desenfadada de esos años nefastos (1). El reinado de Isabel II es en la historia de España un pintoresco carnaval, una feria jocunda que ya en la historia tiene su sentido definido y su palabra precisa. El reinado fué «isabelino» y decir isabelino equivale a significar la preponderancia de lo frívolo, lo elegante, lo bonito

ante el sentido vital y serio de la vida. Los saraos y las fiestas, las vihuelas en las calles; las fiestas de la grandeza; las paradas de elegancia en el Prado; las aventuras amorosas de la reina; los conspiradores embozados en sus capas inmensas y en sus propósitos pequeños; las especulaciones y fraudes de Salamanca y los desplantes de Marfori, el último favorito del real lecho; todo eso, y, mucho más, es netamente «isabelino». Un fondo innegablemente pintoresco y variado, manchado con la sangre de los pronunciamientos y de las revoluciones, y con la mugre de la vida de Palacio.

Heredera de las apetencias sensuales de su abuela, esa insaciable italiana María Luisa de Parma que en el ocaso de su vejez aun elegía sus favoritos entre los más jóvenes y apuestos tenientes de la guardia de Corps, y de su madre María Cristina de Borbón, que desvió sus naturales exigencias a la más positiva de incrementar su patrimonio, Isabel II entró a la vida despreocupada y alegre, dispuesta siempre a hacer su santa y real voluntad. Pródiga de su cuerpo y de sus caudales, bajo su reinado la Corte española conoció todas las bajezas y todas las miserias.

Casada por razones de Estado con un príncipe inapto para sus conyugales deberes, muy pronto la suprema razón de Estado fué la que inspiraba el último favorito en el capricho voluble de la soberana. ¡Y qué favoritos! Generales y tenores, mozos de cartel y profesores de canto, tenientes y corone-

(1) Editorial Espasa-Calpe, 1932.

les, todos ellos: Serrano, Frontera de Valldemosa, Ruiz de Arana, «el pollo», después duque de Baena, Puig, Moltó, Miguel Tenorio, Carlos Marfori, y tantos y tantos más, tuvieron sus épocas de privilegio, de dominio. Y en esta danza la nación se disolvía sin remedio.

A la reina todo esto le importaba poco. Nunca dió mucha importancia a las apariencias y cuando privaba Serrano, «el general bonito» como ella lo llamara, el mismo que la derrocaría en 1868, el rey consorte se quejaba del favorito en los siguientes términos.

Yo habría tolerado a Serrano, pero me ha maltratado con calificativos indignos, me ha faltado el respeto y le aborrezco.

Lo peor es que los favoritos que sucedieron al «general bonito», también le faltaron el respeto al flamante rey.

Para darle una nota de variedad a la familia tal vez, casi todos los hijos de Isabel II, tuvieron diversos progenitores; y cuando encontrándose enferma una de las Infantas, se temía por su vida, recordándose la precaria que tuvo Alfonso XII, la reina sólo se contentó con afirmar que no sucedería eso con la enfermita, porque el padre de esa era robusto y de exuberante salud.

Presidiendo este admirable cuadro de decadencia moral, de desvergüenza y de cinismo, don José de Salamanca se dedicaba a saquear el tesoro nacional con alternativas variadas y casi siempre en compañía de la reina madre Ma-

ría Cristina de Borbón, aprovechada negocianta, mientras la camarilla de palacio: el favorito de turno, y el padre Claret, el padre Fulgencio y Sor Patrocinio imprimían a la Corte una aureola entre galante, desfachatada y mística.

Todo esto y mucho más relata Pedro de Répide. Hace bien leerlo ya que resta la esperanza de que las lecciones del pasado monárquico del siglo XIX español, sean bien aprovechadas por el futuro republicano de este siglo, en nuestra tierra materna.—*Abel Valdés A.*

ENSAYOS

EL CÁNCER AMERICANO.

Se ha publicado en Francia, un libro que seguramente, provocará ardientes polémicas: *Le Cancer Americaine* (1) de Robert Aron y Arnaud Dandieu, autores de otro libro polémico: *Decadencia de la Nación Francesa*. Trataremos de fijar, en el breve espacio de una nota, algunos de los aspectos sugestivos de este ensayo. Para estos autores, la inquietud y inestabilidad del mundo moderno, recuerda los horrores del canceroso. El canceroso atribuye su mal a circunstancias anecdóticas y exteriores: un golpe, una indigestión, una herida, etc. Hay causas más lejanas, según advierte la clínica. De igual modo, el cáncer del mundo actual reconoce causas que van más allá de la guerra, que se supone el punto de partida en la crisis de la civili-

(1) Ediciones Rieder.—París.